

# VALIJA indiscreta

EL CAUDILLO SALVO AL IMPERIO BRITÁNICO

Nuestro original amigo mister Winston Churchill se ha despedido, por fin, a renunciar públicamente al papel de salvador del Imperio Británico, que le fama ser un atributo de los por venir, ya con laudable modestia, ha revelado que quien en realidad lo salvó fue el generalísimo Franco. Lo mismo habrá dejado algo escrito a Herr Hitler, quien tenía nosotros para pensar que el Caudillo, la guayardina, a asegurar a la "pequeña Albión"; pero el Pachecho tendrá que rendirse a la evidencia después de leer el famoso discurso del Premier inglés. Los reconocimientos de la deserción de Herr Hitler son de momento, irreversibles, y nada tendrá de extraño que el Pachecho se declarase ahora reconciliado con Inglaterra y se pudiese de acuerdo con las "destacadas personalidades" de la C.E.D.A. adheridas a la Junta Suprema de Unión Nacional, para negociar con Franco y conseguir de su benevolencia, trófeos.

A decir verdad, nosotros mismos, de no haberlo dicho por su tan autorizada, en virtud de su cargo, como mister Churchill, no lo habríamos creído jamás. Pero lo cierto es que, en varias instancias habiéndose, la suerte del Imperio inglés dependió de Franco y que éste se admitió progresivamente de dar la orden fatal que hubiera acabado para siempre con la Comandada de Naciones Británicas. Un simple ademán del Caudillo, el ferreo movimiento para tomar un título, y los cañones fulgurantes de Argelita habrían pulverizado en el acto los señores que se repoblaban en el aeródromo de Gibraltar y hundido la escuadra inglesa que esperaba en aguas españolas, cerca del Peñón, la orden para irse con rumbo al África del Norte, donde la esperaba el "demócrata Darlén". De haber ocurrido esto, lo más probable — aunque no absolutamente seguro — es que fuese mister Churchill quien ahora se declarase reconciliado, es decir, a obligar a dar ese mal paso a un "guerrillero" como Herr Hitler, quien resultaría definitivamente el verdadero salvador del Imperio Británico, pues, sin su ayuda a Franco, éste no hubiera podido salvar presencia a España, y, por lo tanto, no hubiera estado en situación de salvar más tarde a la Gran Bretaña.

Todo ello nos llena de legitimación a los republicanos españoles, que tenemos derecho a reclamar para nosotros mismos una parte de la gratitud que Churchill ha expresado al Caudillo, que parece evidente que, si en vez de pasar Franco la guerra con la ayuda de Hitler, lo hubiéramos pasado los

republicanos, sin la ayuda de Churchill, el Caudillo no hubiera podido luego prestar tan señalado servicio al pueblo inglés; con lo cual resulta que, sin darnos apenas cuenta, los republicanos estar en realidad los que, en última instancia hemos salvado ese nuestro Imperio Británico de la ruina. La cosa para los ingleses resulta bastante más cómoda y fácil que para los españoles, pues Franco, al sublevarse en virtud contra la República española, y hacerla ciudad de España, las bombas arrojadas por los aviones que Hitler le envió, y fueron mujeres y niños españoles — claro es que rotos — por metrallas alemanas por parte y fascistas en las correteras, en las rampas y en las escaleras de España, y fue el pueblo español el que sufrió hambre y duelo, y fuerza — y sigue siendo — espóteles los fusilados por Franco y los asesinados por su turba falangista, y sus "españoles" los que están en los cárceles británicas de Franco y en los campos de concentración de Pitman, y por, en fin, españoles los que han perdido hogar, familia, patria y libertad; pero todo, según se deduce del discurso de mister Churchill, lo hizo Franco sin más intención, con objeto principalmente de poder salvar en el momento preciso al Imperio Británico. Justo parece, por lo tanto, que al proclamar y agradecer mister Churchill el pacto anglofrancés de Franco, recibamos los republicanos españoles la parte de reconocimiento que nos corresponde, ya que hemos contribuido a la propia del Caudillo, aunque sólo lo sea, dentro de la necesidad de nuestra nación, con el insignificante papel de víctimas.

Además, el saber que el Generalísimo ha salvado al Imperio Británico no sólo nos llena de satisfacción, sino que nos produce un gran desconsuelo, un sentimiento ajeno, pues de ese modo ya no será necesario que ningún republicano español se probase todavía de salvarlo, siguiendo la marcha contra Hitler y arris-

gando su vida por defender la causa de Inglaterra, que no pudo estar ya más salvada de lo que Franco la salvó, a juzgar por las autorizadas palabras de mister Churchill. ¿Qué dice tranquilizado cuando ahora a los republicanos españoles? Por fin van a disfrutar de un merecido reposo y de una inefable indiferencia, ahora es poco decepcionados al ver con cuánto dedita se han recompensado sus servicios anteriores, más no por ello menos satisfecito al pensar que no necesitaría seguir peleando en la guerra. Los pelearon ya con crímenes de guerra, perseguir, encarcelar, arrastrar, deterrar y asesinar para formar con su martirio un pedestal de gloria, desde el cual el Caudillo ha podido perorar en el parlamento de salvar la causa de los Desercidos, o al menos.

Creo mister Churchill con razón, que, después de haberlo salvado, sería japonés una mala partida de Franco el intento de restablecer la democracia en España, pues al Caudillo le salvó en Inglaterra, fue para pertenecer a la España, que debe ser democrática por ende, un régimen democrático. En este punto coincide Herr Franco y mister Churchill. Opino que éste sí tiene que, cuando termine la guerra — después de la incesante, naturalmente, lo que no necesito, desde luego, un fin muy precipitado — habrá catando de las clases de pueblos: unos, los que han luchado contra las Democracias, que son los que tendrán derecho a recuperar el ejercicio de la democracia; y otros, los que, como España, por haber luchado en favor de las democracias, tendrán que quedarse sin democracia y seguirán disfrutando de una buena brasa indígena. Dichos de otro modo: si el pueblo español no hubiera luchado contra Hitler y no hubiera estado que Franco entrase en guerra con Inglaterra; si ese vez de hacer eso, el pueblo español hubiera rotado las amistades con la Gran Bretaña, indiciéndose a mantenerse en silencio en los campos de batalla, ahora mister Churchill tendría interés en que se restableciese la democracia en España. Pero como el pueblo español no ha bombardado ninguna ciudad británica, ni ha hundido ningún barco de la escuadra inglesa; ni ha resistido ante alguna hostia a las Democracias — pues, por el contrario, las defendió con antes de que se defendieran — ellas mismas — justo es, en opinión de mister Churchill, que el pueblo español

18  
3 June 44

A.P.C.E.  
SIG.:  
1.2e/1064

que queda sin democracia. Es de  
necesaria y con Franco, que fue  
quien salvó a la Democracia en  
los momentos de peligro.  
Quiero decir esto que el derecho  
de los pueblos a la democracia,  
según mister Churchill, depende  
racionalmente, cuando termine  
la guerra, del número de ingre-  
sos que cada pueblo haya podido  
meter en los campos europeos,  
dando se decide hoy con tanta  
discreción como prudencia la  
causa de las Democracias. De este  
modo, la victoria de las Demo-  
cracias contra las tiranías será  
administrada equitativamente en  
cambio de acuerdo al resultado mi-  
nimo de la contienda, dando demo-  
cracia a quien la agredió y negán-  
dola a quien luchó y se sacrificó  
por ella. Respecto a estas  
tiranías de claridad el programa  
de mister Churchill para el  
restablecimiento a prisa y con  
fuerza de la democracia en los  
distintos países, se percibirá topi-  
camente contener una impre-  
sionante insistencia para que los  
pueblos todos se neutralen que  
eviten la restauración de la demo-  
cracia, se apresuren a declara-  
rle la guerra a la Gran Breta-  
ña y se dediquen ardientemente  
a matar soldados ingleses y a de-  
truir aviones de la RAF y a tor-  
pedear buques de la Armada de  
H. M. De ese modo, llegado el  
momento de la victoria, los pue-  
blos que hasta ahora han sido  
neutrales para que, atendiendo a  
la singular insistencia de mister  
Churchill, dejen rápidamente de  
luchar, podrán presentar una bri-  
llante hoja de servicios en la guer-  
ra contra las Democracias y una  
sustancial lista de enfermos,  
heridos, amputados, comandos y  
marineros ingleses muertos; con lo  
cual afirmarán su derecho a dis-  
poner de un buen régimen demo-  
crático para sus propios, en tanto  
que los pueblos que no se apresu-  
ren a agredir a Inglaterra ten-  
drán que seguir disfrutando de  
sus excelentes dictaduras nacio-  
nales.

Todo esto tiene, sin embargo,  
un lógico, aunque sea una lógica  
típicamente británica, la cual se  
distingue precisamente por su  
falta absoluta de lógica. Pense,  
en efecto, mister Churchill, que  
si, después de haber salvado  
Francia a Inglaterra y en conse-  
cuencia a la Democracia, se quita  
ahora el poder a Franco para  
implantar en España un régi-  
men democrático, ¿quién podrá el  
mismo Franco, cuando se presente  
nuevamente en la próxima guer-  
ra mundial, estar en condicio-  
nes de salvar otra vez a las De-  
mocracias.

Además, mister Churchill ha  
descubierto ya, no sólo los apor-  
tos de mister Franco, que tanto el Ge-  
neralísimo para realizar su gesto  
salvador. Parece ser, según su-  
pone mister Churchill, que en el  
último trimestre el factor senti-  
mental, que, como se sabe, es el  
que más influye en estos hechos  
y hechos como Franco, que como  
a ser, más por el Premier  
británico, una especie de senti-  
mental de guitarra. La explicación  
que encuentra mister Church-  
hill al noble gesto del Caudillo  
no deja de ser ingenua. Por lo  
visto, Franco, para decidirse a  
salvar al Imperio británico, re-  
cordó de pronto que hace apenas  
120 años la Gran Bretaña ayudó  
a salvar a España de la tiranía  
napoleónica. Es muy posible,  
desde luego, que las cosas cam-  
bieron así, pero Franco debió  
conocer el episodio histórico ci-  
tado por Churchill y que fue el  
ocasionero mismo de la tardía  
agradecida franquista, bien por la-  
derada o por referir al estado de  
desempeño, que ya debía vivir  
por aquella época, a bien por la-  
derado todo, cuando era niño,  
en la excelente "Historia Uni-  
versal y del Japon" que estudió  
en la vieja Academia de Toledo.  
Esta ingenua explicación resul-  
ta, además, el caso de conciencia  
que podría presentarse a Fran-  
co ante esta misma opción:  
agradecida a Hitler o a Weiling-  
ton?

Cuando el Fucker, que no lo  
precisamente un amigo personal  
de mister Churchill, le dijo al  
Caudillo:  
— Te has portado como un cer-  
do... ¿Para eso te ayudé a des-  
amarrar a España y a desembar-  
car soldados de tu patria y a  
darle la victoria? Después de to-  
do, eso eres tú quien mata a  
los ingleses. Franco podrá  
contestar, para justificarse equi-  
tativamente:  
— Qui quiere, "miser Fuch-  
ker"... Antes que nada, cuando  
le de Napoleón... Yo tenía ge-  
comprovisos anteriores con el  
Duque de Riquelme...  
— Algo habrá que hacer, en vista  
de todo esto, para conmemorar la  
fecha histórica en que Franco  
salvó al Imperio británico, según  
el autorizado testimonio de mis-  
ter Churchill, quien, por otra  
parte, afirma que nadie debe me-  
morar en los asuntos internacio-  
les, reproduciendo así  
una nueva doctrina de "no in-  
terferencia" que nos vuelve felici-  
simo a los mejores tiempos de mis-  
ter Chamberlain, a quien con-  
dona mister Churchill por decir  
poco más o menos lo mismo que  
ahora dice mister Churchill, co-

mo si las palabras no salieran  
de las personas, sino del cuerpo  
que ellas ocupan. Algo habrá que  
hacer, repito, para conmemorar-  
lo, y a mí se me ocurre que lo ma-  
yor sería que los republicanos  
españoles abrieran una sus-  
cripción pública para regalárselo  
a mister Churchill un paraguas  
como el que usaba mister Cham-  
berlain; un paraguas exacta-  
mente igual... Creo que mister  
Churchill se lo merece, en espe-  
cial, por haber salvado a España  
de la tiranía de EL CARJERO

2  
18